



# Curso E-Quip de Fe y Vida Cristiana Ortodoxa

## UNIDAD 3A: DOCTRINA

*(Todas las citas han sido tomadas de la Septuaginta excepto cuando se indique otra versión).*

### 61: DIOS, LA CREACIÓN Y LA ALIANZA

#### Un Creador Singular

“En el principio creó Dios el cielo y la tierra” (Génesis 1:1). Así comienzan las Sagradas Escrituras. Los judíos eran excepcionales entre todos los pueblos de la antigüedad en su insistencia de que Dios y el orden natural no habían de ser ni confundidos ni fundidos. La creación debía su ser y su propósito a Dios. Dios Mismo era singular y único.

Había un solo Dios; y Dios era uno.

Las culturas circundantes tenían ideas muy diferentes en sus historias de la creación. Muchas creían en un panteón de deidades de las cuales solo algunas jugaban algún papel en la creación. Otras creían comúnmente que la creación era una parte misma de Dios, y una emanación de su ser. Sin embargo, los judíos bajo la divina revelación de su alianza sabían que Dios no podía ser dividido sin impugnar su sabiduría y su poder; no podía ser confundido con la creación porque hubiera estado sujeto al cambio, violando su independencia y su perfección. Tal suficiencia soberana requería la creencia de que Dios creó el Cosmos por su amor, libremente, para cuidar algo “no Él Mismo” en una relación dinámica y progresiva de comunión con Él Mismo. Aplicado en primer lugar al proceso físico de creación mismo, que no fue instantáneo, sino una fecundidad desplegada por Dios desde la Tierra misma (Génesis 1:11: “Produzca la tierra...”). Aunque el hombre fue un caso especial puesto que solo él, tanto masculino como femenino, por supuesto, fue hecho a imagen y semejanza de Dios, no existe razón alguna para suponer que los humanos en la carne, animados por el aliento de Dios, estaban exentos de estos procesos naturales de desarrollo de la vida, de manera que el supuesto conflicto entre la fe en un creador y los procesos evolutivos es tanto innecesario como dañino para la búsqueda de la verdad. La comprensión de la creación basada en el amor y en el libre albedrío se aplicó también a la relación dinámica y de alianza creciente que Dios estableció y sostuvo con su propio pueblo, llamado por Dios de entre la humanidad luego de la tragedia de la Caída con el propósito especial de restaurar a toda la humanidad por medio del Mesías por venir.

Cimentando todas estas creencias estaba el conocimiento directo, personal y existencial del Creador, por encima del cual y aparte de Él no podía haber otro dios. Este Ser trascendente estaba por encima de la infinidad misma porque Él nunca podía ser cuantificado incluso en estos términos. La creación, por otra parte, siendo obra suya era tanto finita como enteramente buena, destinada a cumplir su propósito al adquirir su propia perfección relativa por la comunión con su Hacedor. Como ha insistido el Padre John Anthony McGuckin: “Para la Ortodoxia, el mundo mismo es algo santo y bendito ... El mundo [no es] una mera cosa, carente de “valor espiritual” en y por sí mismo ...”<sup>1</sup> Además, como San Basilio y San Gregorio Nacianceno comprendieron y comunicaron bien, “el mundo es “un misterio sacramentalmente cargado de [la] presencia [de Dios].”<sup>2</sup> Todas las formas de vida están envueltas esa Presencia.

### **La Existencia a Partir de la Nada**

Los judíos no conocían a Dios porque filosofaran acerca de Él, sino porque habían entrado en una relación con Aquel que se había hecho amigo de Abrahán y los patriarcas, de Moisés y los profetas. Sus caminos habían sido conocidos en la salvación y el juicio, y esto exigía de ellos fidelidad y amor, arrepentimiento y esperanza. Más tarde, sin embargo, principalmente después del surgimiento de la sabiduría como género en las Escrituras y especialmente en el ambiente postexílico del Helenismo, el pueblo de Dios comenzó a reflexionar más minuciosamente en las suposiciones y en las implicaciones de su fe. Hay una marcada evolución y un refinamiento en la comprensión, por ejemplo, entre Génesis 1:2, el cual solo toma en consideración la creación desde el punto inicial de la materia preformada y 2 Macabeos 7:28 que sigue la fe recibida hasta su conclusión lógica, a saber, que el Cosmos fue hecho de la nada (*ex nihilo*) o, mejor dicho, con mayor propiedad, de lo que no tenía ser. Ahora tomaremos en consideración algunas de las otras implicaciones de esta doctrina particular desde una perspectiva contemporánea. Algunas reflexiones adicionales sobre esta doctrina serán dadas en la segunda clase de esta unidad.

Las implicaciones de la doctrina *ex nihilo* son tanto radicales como consistentes cuando se contrastan con la divinización de lo natural y la naturalización de lo divino característico de las fes paganas y politeístas. Por ejemplo, el mundo no existe eternamente; pero, como hacía énfasis San Agustín, tanto el espacio como el tiempo fueron creados junto con la materia y la energía, haciendo que los términos “antes de la creación” y “después de la creación” sean términos carentes de sentido dentro de la creación misma. De manera interesante, esto ha sido corroborado por la ciencia contemporánea.<sup>3</sup> Por otra parte, la ciencia en la actualidad, trabajando

---

<sup>1</sup> Padre John Anthony McGuckin, *The Orthodox Church: An Introduction to Its History, Doctrine, and Spiritual Culture* (Oxford: Wiley-Blackwell, 2011), p. 205.

<sup>2</sup> McGuckin, p. 207.

<sup>3</sup> Para una discusión equilibrada acerca de cómo la doctrina ortodoxa de la creación ahora es apoyada por la ciencia, vea la entrada en inglés, “Creation,” en F. L. Cross & E. A. Livingstone (Eds.), *Dictionary of the Christian Church* (Peabody, MA:

sobre la suposición de que Dios (si existe) no tiene interacción alguna con el orden creado, asume que la creación se hizo a sí misma, sin que existe ningún agente externo para su existencia. El ateísmo, por lo tanto, en su deseo por un cosmos eterno se encuentra en franca contradicción con la singularidad del Big Bang. Esto desconcertaba al finado Fred Hoyle (el autor de la Teoría del Estado Estacionario) el cual, como ateo, sentía un disgusto casi visceral por la noción de un principio; e incluso en la actualidad hay algunos científicos que tratan de modificar esta singularidad “nihiló” que se erige como barrera inamovible ante la noción que afirma que esa nada pudo de su propio “no-ser” (es de suponer) haberse creado a sí misma. Por supuesto, estrictamente hablando, tanto San Agustín como Stephen Hawking están de acuerdo en que no hubo un principio en el tiempo, sino que, el tiempo mismo tuvo un principio. Esta conciencia de que el tiempo mismo tuvo un principio hace que todas nuestras nociones acerca de la realidad se desmoronen delante de Dios.

El gran teólogo del siglo XIX, el Metropolitano Filareto de Moscú, lo expresó de esta manera: “Todas las criaturas se mantienen en equilibrio sobre la creativa Palabra de Dios, como si estuvieran encima de un puente de diamante; por encima de ellas está el abismo de la infinitud divina, debajo de ellas, el de su propia nada.” En cierto sentido entonces, oculto en el centro de este hermoso “puente de diamante” está el amor de Dios por el universo, por la humanidad y por la vida misma. El Metropolitano Kallistos ha hecho hincapié en que “Dios ha creado el universo *por un acto de su propia voluntad*. Nada le obligaba a crear. Él eligió hacerlo así.”<sup>4</sup> Además, sigue el profundo discernimiento:

Si nada empujaba a Dios a crear, ¿por qué, entonces, ha elegido crear? Suponiendo que este género de pregunta admita una respuesta sería ésta: Dios ha creado el mundo por amor. En lugar de decir que ha creado el universo de la nada, ¿por qué no decir que lo ha creado de su ser, que es amor? ... La creación es menos un acto de su libre elección que de su *libre amor*. Amar es compartir; como la doctrina de la Trinidad nos lo muestra claramente: Dios no es sólo uno, sino uno-en-tres. [Dios] es una comunión de Personas que comparten un amor mutuo ... El amor de Dios es “extático,” en el sentido literal de la palabra - un amor que hace salir a Dios de sí mismo y lo hace crear cosas distintas de sí mismo...<sup>5</sup>

Es apropiado, de hecho, es esencial que tomemos en consideración cómo Dios es ambas cosas: Creador y Trinidad.

---

Hendrickson, 1997), p. 429. [Es una edición en rústica con un precio razonable de 1,786 páginas de *The Oxford Dictionary of the Christian Church*, 3ra ed.].

<sup>4</sup> Obispo [ahora Metropolitano] Kallistos Ware, *The Orthodox Way*, Rev. Ed. (Crestwood, NY: St Vladimir’s Seminary Press, 1998), p. 44 [itálicas en el original].

<sup>5</sup> Ware, p. 44 [itálicas en el original].

## **Dios Tanto Creador como Trinidad**

Como ya hemos planteado, es la majestad y gloria trascendentes de Dios, su ser insuperablemente singular y excelente el que concierne a todas las fes verdaderamente monoteístas. Todo lo demás se deriva de esto. Cualquier conceptualización, imagen o formulación respecto a Dios en su esencia o ser es idólatra y ha de ser rechazada. No puede haber absolutamente ninguna coincidencia entre Dios el Creador y el Único Increado y la creación misma. No obstante, decir que Dios es completamente distinto de la creación a nivel de su esencia es no contribuir con nada a la comprensión de **cómo** Él puede ser conocido por la humanidad por medio de su gracia pactada, de sus teofanías y sumamente por su Encarnación en la Palabra hecha carne (Juan 1:14). Tácitamente por medio de las Escrituras y la Tradición de la Iglesia está la verdad de que Dios se manifiesta a Sí Mismo en la creación sin ser absorbido o fundido en ella, lo cual sería panteísmo. La enseñanza ortodoxa que incorpora la realidad de la Presencia Divina se llama *panenteísmo* y recibe su clásica formulación en la distinción hecha entre la esencia y las energías de Dios en las obras de San Gregorio Palamás. A veces se hace referencia a las energías de Dios como a su inmanencia en la creación.

Cuando los judíos reflexionaron sobre esta inmanencia en el contexto de su propia experiencia de la alianza, sus escritos sagrados hicieron una distinción entre la Palabra de Dios y el Espíritu de Dios. Más tarde, fue añadida la Sabiduría de Dios. La Palabra de Dios podía describirse como su poderosa expresión creativa y profética. Es de notar respecto a ello este versículo de la profecía de Isaías 55:11: “Así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envié. Si la Palabra de Dios es aquello en Dios que lleva algo a buen término de forma declarativa, el Espíritu de Dios es aquello en Dios que imparte su vida a lo que su Palabra ha traído a la existencia. La Sabiduría de Dios es aquello que ha de conocerse tanto de su Palabra como de su Espíritu; es, en efecto, un término de la revelación y depende tanto de su Palabra como de su Espíritu para su operación.

Cuando la Palabra se hizo carne en la Encarnación de Cristo y luego cuando el Espíritu Santo fue dado a la Iglesia en Pentecostés, los Apóstoles aprendieron por medio de su experiencia personal que esta Palabra y el Espíritu poseían sus propias identidades hipostáticas.

Como ha señalado el Padre John:

Los atributos de la deidad ... de ninguna manera son “propios [solo] de la humanidad del Señor (puesto que de otra manera hubiera sido una falsa vida humana, una mera farsa como hombre) pero son, sin embargo, “compartidos” hasta cierto punto por el cuerpo del Señor. Esta “participación” fue llamada “unión hipostática” en la antigua iglesia, y su intención era expresar la manera en la cual, mientras retenía sus propias características intactas, las naturalezas divina y humana del mismo Señor estaban indisolublemente vinculadas en una comunión vital por la

mismísima Persona que vivió por ambas naturalezas y en ellas: eternamente en la naturaleza divina, y después de la Encarnación dentro de la historia también por la naturaleza humana glorificada.<sup>6</sup>

En síntesis y profundamente, “la deificación de la humanidad [ha sido] efectuada por la Encarnación de Dios en la historia humana.”<sup>7</sup>

Aquello que había sido insinuado en la Antigua Alianza fue completamente revelado en la Nueva Alianza, y la Tradición de la Iglesia luego le dio sentido en términos monoteístas por la doctrina de la Santa Trinidad. San Ireneo hizo referencia a la Palabra y al Espíritu como las dos manos del Padre (*Contra las Herejías* 5.6), pero no fue hasta que los Padres Capadocios aclararon la terminología en el siglo IV que la experiencia de la Iglesia acerca de la Trinidad fue rigurosamente articulada. El único cambio que la doctrina de la Trinidad hizo al monoteísmo tradicional tenía que ver con la distinción hipostática de ambos, la Palabra y el Espíritu, tanto entre ellos mismos como con el Padre. Sin embargo, esta distinción no se le aplicó a la esencia o ser de Dios que permanecía como siempre había sido, una consubstancialidad simple, indiferenciada e idéntica. En este sentido ortodoxo las hipóstasis siempre permanecían coiguales e indivisas. (La doctrina de la Santa Trinidad será explorada en una lectura posterior. El propósito de la presentación de este resumen es para que comprendamos mejor la doctrina de la creación misma que ahora será tomada en consideración).

Cuando Dios creó los cielos y la tierra, fue, por lo tanto, la Trinidad quien lo hizo. Si Génesis 1 y Juan 1 se ponen juntos en su remisión exegética joánica, descubrimos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son coiguales, y como uno, activos en la creación. En Génesis 1:1-2 el Espíritu revolotea sobre las aguas del caos trayendo vida a donde no la hay, y la Palabra de Dios manda la luz y todo lo que hay a la existencia. San Juan sigue el mismo esquema, pero ahora el Logos (la Palabra)<sup>8</sup> y el Pneuma (el Espíritu) tienen un aspecto teándrico; o sea, conectan explícitamente a Dios con la humanidad en la Palabra hecha carne y el Espíritu, que es la luz de vida de los humanos. Esto había estado latente siempre en la doctrina del Génesis de la creación de la humanidad hecha a imagen y semejanza de Dios (Génesis 1:26-27); sin embargo, con la Encarnación y Pentecostés esto se lleva a cabo respectivamente en la Persona de Cristo y en la vida de la Iglesia.

Los Padres hicieron énfasis en una mayor exactitud con respecto a la imagen de Dios en la humanidad. Puesto que, solo Cristo era y es el verdadero icono (imagen) del Dios invisible (Colosenses 1:15), los humanos, hablando con propiedad, están hechos *según* esta Imagen. En

---

<sup>6</sup> McGuckin, *The Orthodox Church*, p. 147.

<sup>7</sup> McGuckin, “Hypostatic Union” en *The Westminster Handbook to Patristic Theology* (London: Westminster John Knox Press, 2004), p. 175.

<sup>8</sup> O Verbo (Nota del Traductor).

otras palabras, la realización de la imagen de Dios en nosotros es solo en Cristo (Colosenses 3:10); y constituye algo en lo cual estamos llamados a crecer a lo largo de nuestras vidas, como se declara en Efesios 4:15-16a: "... con la sinceridad en el amor, crezcamos en todo hasta aquel que es la cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo recibe trabazón y cohesión por la colaboración de los ligamentos, según la actividad propia de cada miembro, para el crecimiento y edificación en el amor." San Juan Crisóstomo nos ha ofrecido una importante exégesis de este pasaje bíblico: "La comunicación [por el Espíritu] no es igual para todos los miembros, sino según la capacidad de cada miembro para recibirla. [El Espíritu] da más a ese miembro [o persona] capaz de recibir y menos a ese miembro capaz de recibir solo un tanto. Así sucede con Cristo. El Espíritu es como una raíz. Las almas de las personas dependen de Cristo como miembros [de su Cuerpo]. Cada miembro depende de su distribución providencial de dones. La provisión de dones espirituales ocurre según una debida proporción, a medida que cada miembro efectúa el crecimiento del Cuerpo [de Cristo]."<sup>9</sup> A la luz de esta capacidad desigual de las personas para recibir los dones providenciales y la desigual distribución que sigue necesariamente, es esencial que todos los miembros del Cuerpo de Cristo entiendan que para "cada parte [del Cuerpo de Cristo] trabaje adecuadamente," todos no debemos esperar recibir los mismo dones, sino solo esos dones apropiados para sus personalidades, oraciones y capacidades a la luz de las tareas que se les ha pedido completar en el Cuerpo de Cristo.

Finalmente, la dignidad teándrica de la humanidad hecha a imagen y semejanza de Dios surge de nuestro lugar dentro del orden de la creación de la cual, por supuesto, somos parte. La vocación divina de todos los humanos, como se ha enfatizado en el Génesis es cuidar de la creación (Génesis 2:15) – ser, de hecho, sus sacerdotes, devolver a Dios lo que nos ha sido dado mejorado de cierta manera. Esta vocación fue comprometida en la Caída, pero le fue devuelta a la humanidad en y por medio de la redención de Cristo que tomó para Sí todas las cosas, incluyendo nuestra naturaleza humana, para restaurarlas y renovarlas activamente en Dios. De esta manera, la creación continúa sucediendo en el momento presente, como ha explicado el Metropolitano Kallistos:

Afirmar que Dios es creador del mundo no quiere decir que haya puesto las cosas en movimiento por medio de un acto inicial, "al principio," y que luego hayan funcionado solas. Dios no es el relojero del cosmos, el que da cuerda al mecanismo y luego deja que funcione solo. Por el contrario, la creación es *continua*. Para ser precisos, cuando hablamos de creación no deberíamos servirnos del pasado, sino de un continuo presente. No deberíamos decir: "Dios ha hecho el mundo y a mí en este mundo," sino: "Dios hace el mundo y a mí en este mundo, entonces, ahora, en este mismo

---

<sup>9</sup> San Juan Crisóstomo, *Homilía sobre Efesios II.4:15-16*, citado por Mark J. Edwards (Ed.), *Ancient Christian Commentary on Scripture, New Testament VIII* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1999), p. 168.

momento y siempre.” La creación no es un acontecimiento del pasado, es una relación en el presente.<sup>10</sup>

La perfección de la humanidad, por lo tanto, está inextricablemente unida a la perfección de la creación, porque la última solo se hace posible por la anterior, y la anterior se fortalece por la última. Puesto que la humanidad ha de perfeccionarse a sí misma como Dios es perfecto (Mateo 5:48) entonces esto solo puede lograrse por los humanos que glorifiquen a Dios en la adoración y en el servicio y que cumplan con sus vocaciones divinas en el cosmos en una relación continua tanto con el cosmos como con la Trinidad.

### **Hechos con Temor y Maravillosamente**

Ya que los humanos han sido creados “un poco menor que los ángeles” (Salmo 8:5 RV), existe un aspecto tanto espiritual como físico en los seres humanos. El aspecto espiritual tiene muchos componentes diferentes, como los tiene el físico. El alma es distinta del cuerpo y de una esencia diferente, aunque la persona humana, totalmente viva, es una unidad psicósomática. Ambos serán salvados y no solo el alma. Si bien la Caída ha roto el lazo entre el cuerpo y el alma en la muerte, este lazo será restaurado en la resurrección general.

El alma es el principio dominante más elevado de nuestra identidad. Puede ser salvada incluso si el cuerpo se pierde y viceversa (Mateo 16:26). En una persona salvada el cuerpo se convierte en compañero del alma, mientras que en una persona que perece, el cuerpo por medio de la carnalidad, lucha contra el espíritu. San Pablo a menudo habla en estos términos de la carne luchando contra el espíritu, pero bajo ningún concepto menosprecia el cuerpo como tal, sino que, en cambio, expone, a menudo por experiencia propia, aquellos conflictos internos en el corazón que implican la voluntad, las pasiones y el disturbio interno del pecado (Romanos 7).

El alma es inmortal pues es conferida por el aliento de Dios con el atributo perfecto de la imagen de Dios. No obstante, no es divina en esencia, sino que, más bien refleja aquellos principios espirituales elevados los cuales constituyen la impronta de Dios en la naturaleza humana. La enseñanza de la inmortalidad del alma llena el Antiguo Testamento desde su forma más temprana la cual habla del Hades como la morada de las almas (Génesis 37:35) hasta las tradiciones previas al advenimiento de Cristo que hablan de la inmortalidad de los justos (Sabiduría 3:1, 5:15). El florecimiento pleno de esta enseñanza, sin embargo, ocurre en el Nuevo Testamento, ya que con la Resurrección de Cristo viene la completa realización de la promesa. San Pablo habla de una casa no hecha por mano humana, eterna en los cielos la cual aguarda a los creyentes (2 Corintios 5:1-2). La mayor parte de los Padres considera que la inmortalidad del alma es un don de la gracia divina en lugar de ser simplemente un aspecto natural del alma misma (San Juan Damasceno y San Cirilo de Jerusalén). El origen del alma no ha sido definido

---

<sup>10</sup> Ware, p. 45.

claramente en la Tradición la cual según la revelación permanece incompleta. Sin embargo, la Iglesia ha rechazado bajo la guía divina las enseñanzas origenistas acerca de la preexistencia y la transmigración de las almas como antitéticas con la fe cristiana la cual insiste en la individualidad única de cada persona humana en la cual el alma y un solo cuerpo en particular se unen.

El espíritu es el siervo del alma, con su dimensión oculta que lo relaciona con Dios en lo más recóndito de su ser. Cuando el Espíritu Santo está activo para el bien del corazón, el espíritu hace que el cuerpo dócil trabaje activamente con el alma y de esta manera todo es llevado de vuelta a la unidad con Dios, donde antes había solo división, confusión y alienación causada por las pasiones. Los medios prácticos para lograr esta transformación, esta redención del alma y del cuerpo, son la fe, las buenas obras y aquellas disciplinas ascéticas que incorporan la oración y la vida sacramental de la Iglesia como instrumentos de la gracia divina.

Los aspectos físicos de la persona humana no son menos importantes que los espirituales. Esto incluye al cuerpo en sí mismo, pero también a la mente, la cual después de todo depende del cerebro para su operación. Cuando lo físico está en armonía con lo espiritual y está centrado en Dios todos los aspectos corporales están en sintonía con el Espíritu Santo. Por lo tanto, la salud física, el balance emocional, el equilibrio mental y el vigor general caracterizan a la vida humana como Dios quería que fuera.

En la vida cristiana el cuidado por nuestro propio cuerpo como templo del Espíritu Santo (1 Corintios 3:16-17) es piadoso y no es incompatible del todo con la disciplina ascética que mantiene a toda la persona centrada en Dios, porque es lo último lo que hace posible lo primero. Un espíritu disoluto, por otra parte, es contrario a la naturaleza divinamente creada y conducirá inevitablemente al deterioro físico progresivo. Un corazón contrito se convierte en el lugar adecuado para la habitación del Espíritu Santo e imparte al cuerpo cierto resplandor el cual es una anticipación en la carne de la resurrección. Esta transfiguración tanto del cuerpo como del alma se ha manifestada en las vidas de los santos y constituye la evidencia empírica de la obra salvadora de Dios en toda la persona humana.

La imagen de Dios en la vida humana es la divina impronta que yace en el mismo corazón de nuestra humanidad. No existe un acuerdo general en las Escrituras ni en los Padres acerca de los componentes precisos de esta imagen. Algunos sugieren la racionalidad, otros el libre albedrío, la inmortalidad y el amor sacrificial. Algunos padres suponen solo las disposiciones y las facultades internas, otros insisten en que el cuerpo no menos que el alma y el espíritu contribuyen a la imagen divina (San Ireneo de Lyon).<sup>11</sup> Por lo general, existe un interés

---

<sup>11</sup> Para un mayor estudio acerca del enfoque ortodoxo acerca del cuerpo, el alma y el espíritu vea: Ware, pp, 46-51, 60-61; y la entrada "Soul (Alma)" en Padre John Anthony McGuckin, *The Westminster Handbook to Patristic Theology*, pp. 316-319.



dogmático y pastoral en diferenciar la imagen de Dios en la vida humana y su semejanza en la santificación humana (San Juan Damasceno y otros). Por lo tanto, la imagen de Dios nunca es borrada por el pecado, pero la semejanza con Dios puede degradarse o incluso perderse. Esta enseñanza está en absoluto contraste con muchas tradiciones heterodoxas en el pensamiento cristiano (especialmente en el calvinismo) que afirman la depravación, incluso la corrupción total, de la naturaleza humana misma. En el cristianismo ortodoxo, el mal es un parasitismo destructivo o la privación del bien, no un cambio ontológico en el corazón de la humanidad.

### **El Reino Celestial - Los Ángeles**

Los ángeles son endémicos tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.<sup>12</sup> Este resumen solo será suficiente para hacer énfasis en este hecho: Un “ángel” o “mensajero,” es usado por Dios, por los hombres y por un orden de seres espirituales creados cuyos atributos principales son la fuerza y la sabiduría (2 Samuel 14:20; Salmos 103:20; 104:4). En el Antiguo Testamento, la expresión “el ángel del Señor” (a veces “de Dios”) normalmente implica la presencia de Dios en forma angélica (Génesis 16:1-13; 21:17-19; Génesis 22:11-16; 31:11-13; Éxodo 3:2-4; Jueces 2:1; 6:12-16; 13:3-22). La palabra “ángel” se usa para hombres en Lucas 7:24, Santiago 2:25 y a lo largo del Apocalipsis (1:20; 2:1, 8, 12, 18; 3:1, 7, 14). En Apocalipsis 8:3-5, evidentemente quiere decir Cristo. A veces “ángel” se usa para designar el espíritu del hombre (Mateo 18:10; Hechos 12:15). Aunque los ángeles son espíritus (Salmo 104:4; Hebreos 1:14), se les ha concedido el poder de hacerse visibles con apariencia humana (Génesis 19:1 cf. Génesis 19:5; Éxodo 3:2; Números 22:22-31; Jueces 2:1; 6:11,22; 13:3,6; 1 Crónicas 21:16,20; Mateo 1:20; Lucas 1:26; Juan 20:12; Hechos 7:30; 12:7,8). La palabra siempre se usa en género masculino, si bien el sexo, en sentido humano, nunca se les atribuye a los ángeles (Mateo 22:30; Marcos 12:25). Son extremadamente numerosos (Mateo 26:53; Hebreos 12:22; Apocalipsis 5:11; Salmo 68:17). El poder es inconcebible (2 Reyes 19:35). Su lugar es cerca del trono de Dios (Apocalipsis 5:11; 7:10). Su relación con el creyente es el de “espíritus servidores con la misión de asistir a los que han de heredar la salvación;” y este ministerio tiene relación en gran parte con la seguridad física y el bienestar de los creyentes (1 Reyes 19:5; Salmos 34:7; 91:11; Daniel 6:22; Mateo 2:13, 19; 4:11; Lucas 22:43; Hechos 5:19; 12:7-10). Por Hebreos 1:14; Mateo 18:10; Salmo 91:11 sabemos que este cuidado por los herederos de la salvación comienza en la infancia y continúa a lo largo de toda la vida. Estos ángeles guardianes designados para cada persona nos observan a todos (1 Corintios 4:9; Efesios 3:10; Eclesiastés 5:6); un hecho que debería influir en la conducta.

Ellos reciben a los santos que parten de este mundo (Lucas 16:22). El hombre es hecho “un poco menor que los ángeles,” y en la Encarnación Cristo tomó “por un poco de tiempo” este lugar inferior (Salmo 8:4,5; Hebreos 2:6,9) para poder elevar al creyente a su propia esfera por encima

---

<sup>12</sup> Las referencias bíblicas en esta sección son del Texto Masorético.

de los ángeles (Hebreos 2:9,10). Los ángeles han de acompañar a Cristo en su segundo advenimiento (Mateo 25:31). A ellos le será asignada la preparación del juicio de las naciones (Mateo 13:30, 39, 41, 42). El Reino no será sujetado a los ángeles, sino a Cristo y a aquellos por los cuales Él fue hecho un poco menor que los ángeles (Hebreos 2:5). Se menciona que el Arcángel Miguel tiene una relación especial con Israel y con la Resurrección (Daniel 10:13, 21; 12:1, 2; Judas 1:9; 1 Tesalonicenses 4:16). El único otro ángel cuyo nombre es revelado (en el Texto Masorético, pero no en la LXX) es Gabriel, que era empleado en los servicios más distinguidos (Daniel 8:16; 9:21 cf. Lucas 1:19, 26).

Los ángeles pueblan la creación invisible en contraposición a la visible y, se hace referencia a ello, por supuesto, en el credo de Nicea. El cielo invisible fue creado antes que el mundo visible como morada de los ángeles según los Santos Ambrosio, Gregorio el Teólogo, Juan Damasceno, Jerónimo, Gregorio el Grande, y Anastasio del Sinaí.

Los ángeles son espíritus activos que poseen inteligencia, voluntad y conocimiento y sirven a Dios para cumplir su voluntad y glorificarlo. No poseen carne, pero, hablando estrictamente, no son inmateriales (San Juan Damasceno). El Damasceno también enseña que los ángeles asumen formas apropiadas para aquellos que los contemplan. Siendo incorpóreos su movimiento es menos restringido, pero, no obstante, no son omnipresentes como corresponde solo a Dios. Su inmortalidad es de la misma medida y orden que la de los hombres, o sea, un don de la gracia. En inteligencia y poder, sobrepasan a todos los humanos, sin embargo, no poseen la misma dignidad del hombre como hecho a imagen y semejanza de Dios. Además, como sucede con el hombre mortal no conocen las profundidades que están en Dios ni pueden conocer el futuro. Su conocimiento de la redención es también limitado (1 Pedro 1:12), no conocen todos los pensamientos humanos y no pueden hacer milagros excepto por la voluntad de Dios (Salmo 71:19).

La multiplicidad de los ángeles existe en rangos de grado y función. La Santa Tradición ha hablado más acerca de estas materias y especialmente en la obra, *La Jerarquía Celestial* que lleva el nombre de San Dionisio el Areopagita. En esta obra hay nueve coros o rangos de ángeles - tres jerarquías de tres rangos cada una. Estos rangos se basan en el registro de las Escrituras (vea Efesios 1:21, Colosenses 1:16). Los Querubines se encuentran en Génesis 3, Salmo 79 y 98 y Ezequiel 1, 10. Estas son las otras referencias: los serafines (Isaías 6), potestades (Efesios 1, Romanos 8), tronos, principados, dominaciones y virtudes (Colosenses 1, Efesios 1, 3), arcángeles (1 Tesalonicenses 4, Judas 9) y ángeles (1 Pedro 3, Romanos 8).

En la primera jerarquía se encuentran los más cercanos a Dios, los tronos, los querubines y los serafines. La segunda jerarquía comprende a las virtudes, las dominaciones y las potestades. La tercera jerarquía la cual está más cerca de los humanos consiste de los ángeles, los arcángeles y los principados. También hacen referencia a estas jerarquías *Las Constituciones Apostólicas*, San

Ignacio de Antioquía, San Gregorio el Teólogo, San Juan Crisóstomo, San Gregorio el Grande y San Juan Damasceno. Finalmente, a cinco de los siete arcángeles se les dan nombres y funciones en las Escrituras como sigue: Miguel (¿quién es como Dios?); Gabriel (hombre de Dios); Rafael (ayuda de Dios: LXX); Uriel (fuego de Dios: LXX) y Salatiel (oración a Dios: LXX). La Tradición también atribuye nombres a los otros dos: Jegudiel (alabanza de Dios) y Baraquiel (bendición de Dios).

En medio de la multiplicidad y la complejidad de los ángeles, es importante que recordemos que impacto en nuestras vidas es directo y significativo. El Padre John Anthony McGuckin ha escrito acerca de cómo los ángeles “expresan sus raíces existenciales por la energía de la oración” y cómo “Evagrio el Teólogo dice que el sentimiento de calidez interior durante la oración era ... un signo de la presencia de un ángel que toma nota de nuestra oración y se nos une en ella.”<sup>13</sup> Se deduce entonces que:

Dado que los ángeles son espíritus esjatológicos de alabanza, hallamos natural que cuando la misma vocación de ser transfigurados en alabanza se aborda, incluso aproximadamente, en la vida de la Iglesia en la tierra, los fieles sienten la presencia de los ángeles muy de cerca. Es una forma de júbilo espiritual que es profundamente honda y serena, y tranquila. Puede sentirse en momento de grande gracia en la divina liturgia, en la cual ellos también sirven ... y en otras ocasiones cuando la gracia de Dios ha sido cumplida perfectamente por la obediencia de un discípulo, pues todas estas ocasiones son el resultado de la asistencia de los ángeles de Dios.<sup>14</sup>

Si aprendemos a discernir la voluntad de Dios para nuestras vidas y permanecemos obedientes a esos propósitos divinos, podemos esperar también la presencia de los ángeles en nuestras propias vidas, ya sea que seamos conscientes explícitamente o no de su protección.

### **Conclusión**

Con los ángeles, esta explicación de la creación está más o menos completa. La Revelación nos puede llevar más lejos, pero es importante que reconozcamos que mucha si no la mayoría de la creación está oculta para nosotros por la providencia de Dios. La ciencia continuará develando los misterios del cosmos, y la teología aún dilucidará los misterios de la dispensación de Cristo, pero nosotros todavía solo podremos confesar con San Pablo: “Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido.” (1 Corintios 13:12). En una perspicaz exégesis de este versículo, San Gregorio Nacianceno predicó:

---

<sup>13</sup> McGuckin, *The Orthodox Church*, p. 224.

<sup>14</sup> McGuckin, *The Orthodox Church*, p. 224.

Nadie ha descubierto aun o descubrirá aquello que Dios es en su naturaleza y en su esencia. Y para un descubrimiento en algún momento en el futuro, dejemos a aquellos que tienen mente para ello que investiguen y especulen. El descubrimiento tendrá lugar, así me lo dice mi razón, cuando esta cosa piadosa, y divina, quiero decir nuestra mente y nuestra razón, se funda con su allegado, cuando la copia regrese al patrón que anhela. Este me parece el significado de la gran sentencia de que conoceremos, en la era por venir, incluso como somos conocidos.<sup>15</sup>

El “allegado” de “nuestra mente y nuestra razón” es nuestro espíritu; y este es la fusión de la mente y el espíritu dentro de cada persona que nos conduce como “copias” humanas a “regres[ar] al patrón” de la imagen que “anhela[mos].” Que este tercer año de las clases E-Quip nos prepare para que “que investigue[mos] y especule[mos]” y tratemos de vivir nuestras vidas en unidad con Cristo y sus propósitos para cada de ellas. Amén.



---

<sup>15</sup> *Theological Oration 28.17*, cited by Gerald Bray (Ed.), *Ancient Christian Commentary on Scripture, New Testament VII, 1-2 Corinthians* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1999), p.